

CARCHI INTERCULTURAL: RELATOS DE IDENTIDAD Y ENCUENTRO



Arturo Mauricio Aldás Flores
Evelin Nataly Benavides Torres
Edgar Fernando Pazmiño Palma

ISBN: 978-9907-818-27-7



9 789907 818277



Carchi intercultural

Relatos de identidad y encuentro

Autores:

Arturo Mauricio Aldás Flores

Orcid: <https://orcid.org/0009-0005-9679-0610>

Correo: arturo.aldas31@gmail.com

Filial: Investigador Independiente

Evelin Nataly Benavides Torres

Orcid: <https://orcid.org/0009-0001-5500-1524>

Correo: nataly.benavides@upec.edu.ec

Filial: Universidad Politécnica Estatal del Carchi

Edgar Fernando Pazmiño Palma

Orcid: <https://orcid.org/0009-0005-8752-4556>

Correo: edgar.pazmino@upec.edu.ec

Filial: Universidad Politécnica Estatal del Carchi

Editorial “ACACFESA SAS”

La presente obra fue revisada por 2 pares académicos externos ciegos conforme al proceso editorial de ACACFESA SAS.

Los rigurosos procedimientos editoriales de ACACFESA SAS garantizan la selección de manuscritos por sus aportes significativos al conocimiento y cualidades científicas.

Editorial: ACACFESA SAS.

Sello editorial: 978-9907-818-27

Teléfono: (+593) 998955446

Web: <https://acacfesa.com/editorial/index.php/1>

ISBN: 978-9907-818-27-7

Doi: <https://doi.org/10.70577/rwses106/ACACFESA.EDITORIAL>

Año: Junio 2026

Aviso Legal

El contenido de esta obra, que incluye ilustraciones, textos, tablas, gráficos, cuadros y referencias bibliográficas, es responsabilidad única del autor(a) o autores. Lo que se ha dicho, los criterios y los datos no reflejan necesariamente la posición institucional ni el pensamiento de la Editorial ACACFESA SAS.

Derechos de Autor ©

Este documento se publica conforme los términos y condiciones de la EDITORIAL ACACFESA SAS



Esta obra está bajo una licencia internacional

[Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

La "Editorial ACACFESA SAS " y todos sus autores tienen la propiedad única de los derechos de autor y de propiedad intelectual e industrial relacionados con el contenido de esta publicación. La reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas informáticos, su tratamiento digital y cualquier tipo de distribución, transmisión o comunicación pública por medios electrónicos, ópticos, mecánicos, químicos, fotográficos o de grabación están prohibidos. Esto se encuentra bajo las sanciones que establece la legislación vigente a menos que se cuente con la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Queda excluido únicamente el uso con fines académicos o de investigación científica, siempre que no busque objetivos comerciales y se ejecute sin remuneración, debiendo mencionarse en todo momento a la fuente editorial correspondiente. Los autores son los únicos responsables de las opiniones expresadas en los diferentes capítulos, las cuales no necesariamente representan el punto de vista institucional de la editorial.

Constancia de Arbitraje

La Editorial ACACFESA SAS, certifica que este libro es el resultado de un estudio llevado a cabo por los autores, el cual fue evaluado por jurados expertos bajo el sistema de Revisión de Pares Externos, tanto en contenido como en forma. Asimismo, se llevó a cabo un análisis del método de investigación, paradigma y enfoque; a partir de la matriz epistémica adoptada por los autores, utilizando las normas APA, Séptima Edición y el proceso de antiplagio en línea turnitinedu para asegurar que la obra fuera científica.

Calle García Jonás Sneider

Nombre de revisor/a 1

Espinoza Tuárez Yixcely Maribel

Nombre de revisor/a 2

PRÓLOGO

La literatura no solo cuenta historias, sino que también las altera. En este texto se encuentran las grietas de lo cotidiano, el padecimiento que no se refleja en los medios, los vacíos que presionan y las formas de encontrar resistencia en los sueños. Invitamos al lector a entrar en estas páginas como si visitara un hogar acogedor: con consideración y sin prisa. Aquí no se encontrarán héroes perfectos ni discursos grandilocuentes. Conoceremos a personas que sufren, aman, sueñan y, sobre todo, luchan. Cada página nos remite a una verdad fundamental: las emociones merecen su lugar. El miedo, la tristeza, la nostalgia, el amor y la esperanza no son signos de debilidad; son evidencia de que seguimos vivos en una era de indiferencia.

En el libro se comunica con aquellos que viven en los márgenes, quienes rara vez son incluidos en los relatos oficiales. La frontera norte representa despedidas, hospitales llenos de muertes en paredes blancas, y aquellos que se marchan porque permanecer se ha vuelto insostenible. Sin embargo, aun en medio de esa vulnerabilidad y sufrimiento, persiste algo profundamente admirable: la habilidad de amar, recordar y continuar soñando.

De este modo, la literatura tiene un efecto transformador, ya que conecta lo que las estadísticas no logran transmitir. Una historia puede ilustrar el dolor de una madre, la soledad de un migrante o la pérdida que deja una despedida. En esta capacidad de conectar radica su poder tanto social como moral. En el libro, creado de forma colectiva mediante la sensibilidad de una comunidad humana y académica, no busca imponer soluciones, sino acompañarnos, tomándonos de la mano para recordarnos que la vida comienza en los lazos sencillos, en la memoria del campo, en los silencios, en las miradas de quienes aún creen que el amor dignifica.

Quizá esa sea la mayor fortaleza de estas páginas: devolvémosla capacidad de sentir sin pudor. Leer estas historias es entrar en un lugar donde la ternura todavía tiene espacio, donde la esperanza se niega a desaparecer y donde las narrativas pequeñas exponen las grandes fracturas de nuestra sociedad, pero también sus posibilidades de reconstrucción.

Por un amigo que cree en el poder transformador de la palabra.

Ab. William Romero Escritor

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO.....	vi
ÍNDICE DE CONTENIDO	vii
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: VOCES QUE RESISTEN	4
El Hackeo del Alma	4
Si hubiera otra oportunidad.....	6
Mamá, ya vengo.....	8
Querida mamá:.....	11
5 de la mañana	13
El esfuerzo silencioso de papá	15
Mi hijo Caruzo	17
CAPÍTULO II: ENTRE SOMBRAS Y ESPERANZAS.....	20
Realidad social, crisis y resiliencia	20
El Horizonte Gris	20
De Oficina y Sueños	23
Navegando	25
La trocha no olvida	27
Lo que dejaron atrás.....	30

El fuego que aún arde	33
CAPÍTULO III: CUANDO LA TIERRA HABLA	36
Naturaleza, ecología y conciencia ambiental.....	36
La Tierra que Lloro	36
El Último Árbol Caminante	39
Lo Intentamos	41
El Funeral del Bosque	43
Plastic Planet.....	45
CAPÍTULO IV: MÁS ALLÁ DE LO APARENTE.....	47
Reflexión, historia y sociedad.....	47
El Redescubrimiento	47
El Asalto del Cuartel Moncada	50
Los imparables del transporte público en Tulcán	53
CAPÍTULO V: MEMORIA Y LEGADO	55
Desde La Libertad hasta el mundo: memorias de la Mamá Pasto	55
<i>Capítulo 1: Cuando decidí irme</i>	55
<i>Capítulo 2: Cuando quise escapar</i>	56
<i>Capítulo 3: Cuando la vida me sonrió</i>	57
<i>Capítulo 4: Cuando la vida me enseñó a soltar</i>	58

<i>Capítulo 5: Cuando mis sueños se hicieron legado.....</i>	<i>59</i>
Así te tiemblen las manos	62
Solo soy un instrumento.....	65
Bibliografía	70

INTRODUCCIÓN

El autor Yutzis, (2020), se indica que la refiriéndose a la figura del narrador, lamentaba que en la modernidad la información fugaz y la superficialidad del relato estuviera desplazando la sabiduría acumulada a través de las vidas individuales. Benjamin, quizá vaticinando lo que sucede en la actualidad, intercedió por una escritura que contara historias que preservaran y comunicaran la experiencia humana en un mundo donde esa capacidad se ve amenazada. De esta manera, la literatura, en su esencia más profunda se erige como un espejo de la condición humana, un espejo de verdades que a menudo permanecen ocultas bajo la superficie de la narrativa hegemónica (González, 2021).

Así también, el carácter intercultural que apunta este título de la obra no solo se refiere a la existencia de las diferencias en el territorio carchense, sino al encuentro vivo de memorias, sensibilidades, lenguajes, saberes y trayectorias propias de la experiencia humana en esta zona de frontera. Carchi intercultural es, así, una afirmación ética y estética porque asiente que esa identidad no se da a partir de una única voz ni de una única historia, sino del diálogo, armónico a veces y tensionado otras, entre sujetos, comunidades y formas de habitar múltiples en el mundo. Cada relato en consecuencia no solo da cuenta de una vida particular, sino que da cuenta de los cruces culturales, afectivos y sociales que hacen del encuentro con el otro una posibilidad de reconocimiento, dignidad y transformación.

En este contexto, esta serie de relatos se distinguen por su aporte invaluable a la literatura contemporánea, ya que abren la puerta a historias cotidianas y a la vez profundas del diario vivir de personas incansables, cuyas vidas no son motivo de noticia o extrañamiento, y ahí precisa su valor, en su capacidad de brindar una perspectiva desde las miradas subalternas, desde esos que no son los “vencedores” que la historia oficial presenta en los textos académicos, sino que son las memorias de las mayorías que luchan sin treguas en una región donde las oportunidades no se tejen por igual para todos.

Entre las narraciones que el lector encontrará en este libro se encuentran títulos como “5 de la mañana”, “Ya vengo mamá”, “La trocha no olvida”, “Desde la libertad hasta el mundo:

memorias de la Mamá Pasto”, “Lo que dejaron atrás”, los cuales retratan las vivencias de dolor, desesperanza y esperanza, de lucha, de injusticia social sistémica, de trabajo fuerte e invisibilizado, de decisiones dolorosas que nos recalcan que lo personal siempre será político, y que la cotidianidad de los problemas sociales del mundo deben ser humanizados; deben tener voces y rostros propios. Así mismo nos recuerdan que la escritura, más allá de considerarse una herramienta es un don que debemos aprovechar para interpelar conciencias y criticar estructuras sociales que perpetúan la desigualdad.

En un mundo saturado de grandes narrativas y eventos extraordinarios, se propende a desatender la riqueza inherente a lo ordinario. En este libro, en cada historia, escrita en primera persona, se manifiestan las verdaderas luchas, las pequeñas victorias y la resiliencia humana. Cada relato se convierte en un acto poético de existencia, un testimonio de que "vivir, a fin de cuentas, es un acto poético, aunque no lo sepamos." La capacidad de estos relatos para encontrar significado en lo aparentemente insignificante, y para transformar el dolor en enseñanza o la lágrima en esperanza, es lo que los dota de un poder transformador.

Asimismo, en este libro se encontrará el trabajo colectivo que une al arte. Estudiantes de la carrera de Multimedia y Producción Audiovisual de la Universidad Politécnica Estatal del Carchi, se unieron a esta obra a través de la creación de las ilustraciones que acompañan cada historia. Desde su perspectiva e interpretación, estos artistas no solo sumaron un valor adicional a cada relato, sino que le dieron un toque de vida que ayudará al lector a volar su imaginación a través de este fantástico trabajo visual. Por lo tanto, el autor principal y los coautores, agradecemos y exaltamos infinitamente el trabajo de estos talentosos jóvenes que nos demuestran su valentía y amor por lo que hacen en cada trazo.

Finalmente, este “espejo hecho de palabras e ilustraciones”, más allá de buscar ser un ensayo, una crónica o una novela desde el sentido tradicional, busca representar a través de los relatos personales, verdades humanas, desde la honestidad y lejos de adornos literarios. Lo que además de intentar ser un sendero de resistencia desde la literatura, quiere ser un acto de amor y gratitud que reconoce el valor intrínseco de cada experiencia y de cada vida encarnada en cada historia. Este es un llamado a la comprensión, a la empatía o a la acción, y un recordatorio de que

en el silencio del campo en sus heladas madrugadas o en el bullicio y ajetreo de la ciudad “no estamos solos”.

CAPÍTULO I:

VOCES QUE RESISTEN

Historias íntimas, personales y emocionales

Hay silencios que gritan más que mil palabras.

El Hackeo del Alma

Escribo impulsado por una necesidad que, en ocasiones, no logro definir completamente. Cada mañana, mientras el silencio aún envuelve mi hogar y el nuevo día avanza lentamente, hallo en el acto de escribir una manera de comprender mis emociones y, además, de conectar con aquellos que guardan inquietudes parecidas en su interior. No lo hago por ego ni para que mi nombre resalte; escribo porque hay una urgencia en mí que necesita salir. A veces, una pequeña frase puede acompañar a alguien que no sabe cómo expresar su tristeza o su fatiga, y así, la escritura se convierte en un vínculo pequeño pero crucial entre personas.

Con el tiempo, me he dado cuenta de que muchas luchas son invisibles desde el exterior, y por eso, mis poemas emergen de preguntas personales. No pretendo dar enseñanzas ni presentar mis ideas como las únicas válidas; simplemente busco enfrentar esos sentimientos que solía esconder detrás de una apariencia serena.

Cada vez que finalizo un texto, me cuestiono si esas palabras podrán brindar apoyo a alguien que esté viviendo un momento difícil. Tal vez no transformen el mundo, pero pueden proporcionar un pequeño alivio a quien se siente aislado y necesita recordar que su voz también es importante.

Por eso continúo escribiendo, aunque no siempre sepa cuál será el destino de cada poema. Escribo para compartir una forma de libertad que nace cuando uno se atreve a soltar lo que lleva dentro y llega a entender que las palabras también pueden sanar sin hacer estruendo.



Ilustrador: Mateo Chávez

Si hubiera otra oportunidad

Hola, soy Mauricio y tengo 32 años. En los años recientes, he aprendido a ver mi vida con mayor calma. He notado que algunas elecciones se sienten diferentes cuando uno empieza a apreciar el tiempo, la familia y esas palabras que no se dijeron cuando todavía había oportunidad de hacerlo.

Durante mucho tiempo, repetí en mi mente la misma frase: "si tan solo". Si solo hubiera abrazado más a mi padre o prestado más atención a mis hermanos, tal vez algunos recuerdos no tendrían ese aire de lejanía que siento al mirar hacia atrás y darme cuenta de lo que dejé escapar.

También me presioné para ser fuerte cuando, en realidad, lo que realmente necesitaba era ser sincero conmigo mismo. Con el paso del tiempo, comprendí que admitir nuestros errores no nos resta valor, y aprender de ellos puede ser una forma genuina de comenzar de nuevo, sin negar lo que hemos vivido ni quedarnos atrapados en la culpa.

Me habría gustado estudiar más y aprovechar oportunidades que perdí por miedo o falta de claridad. Sin embargo, también reconozco que no todo se puede solucionar regresando al pasado, y que algunas enseñanzas llegan para ayudarnos a vivir con mayor conciencia en el presente.

Hoy entiendo que no puedo reescribir mi historia ni recuperar cada conversación que quedó pendiente. Pero puedo honrar lo que viví tomando decisiones más claras y tratándome a mí mismo y a quienes aún están cerca de una manera más compasiva.

Por eso, ya no quiero quedarme estancado en el arrepentimiento como si fuera un castigo. Quiero mirar mi pasado con honestidad y avanzar con la tranquila esperanza de quien sabe que todavía tiene la capacidad de hacer las cosas de una mejor forma.



Ilustrador: Mateo Chávez

Mamá, ya vengo

Mi nombre fue Wilson Fernando Aldás Flores y esta es una parte de mi historia. Nací el 9 de mayo de 1987 en San Gabriel y fui criado en un hogar modesto donde el trabajo, la tierra y la vida sencilla formaron mis primeras memorias junto a mis padres y hermanos.

Pasé mi infancia en Tesalia, un pequeño pueblo donde los caminos de tierra y las montañas eran parte de mi rutina diaria. Allí asistí a la escuela primaria y me esforcé por avanzar hasta recibir el reconocimiento de abanderado debido a mi desempeño y la responsabilidad que trataba de mostrar desde joven.

La educación secundaria fue más complicada porque en casa había pocos recursos y estudiar requería buscar alternativas fuera de lo cómodo. Por eso, opté por estudiar a distancia en Ibarra, y luego trabajé en el campo con mi padre, cortando madera y comprendiendo que la vida rural demanda esfuerzo y paciencia.

Durante mi adolescencia, también tomé decisiones que me alejaron de mi mejor camino. El alcohol y otras sustancias ocuparon varios años de mi vida y gradualmente fui perdiendo la claridad sobre lo que deseaba construir para mí, para mi familia y para un futuro que solía imaginar diferente.

La tarde del 19 de agosto de 2022, salí de casa como lo hacía muchas veces y le dije a mi madre: ya regreso, mamá. Esas palabras quedaron grabadas porque en la madrugada del 20 de agosto, mientras volvía por la carretera, un vehículo puso fin a mi vida.

No relato esto para añadir más dolor a quienes me amaron, sino para transmitir una advertencia desde mi propia experiencia. Una mala decisión puede transformarlo todo en un instante y nadie debería esperar a perder su rumbo para comprender cuánto vale regresar a casa con salud.

Mi padre continuó trabajando con su tristeza oculta y mi madre siguió bendiciéndome en sus recuerdos. Mis hermanos echaron de menos mis bromas y mi forma de estar presente, aunque mi ausencia les enseñó de la manera más dura que la vida puede desgastarse sin previo aviso.

A mis padres quiero decirles que el amor que me ofrecieron no se perdió. A mi mamá le agradezco cada bendición y a mi papá le ruego que no permita que el pasado apague su presente, porque también merece vivir con algo de paz.

A quienes lean esta historia les imploro que cuiden sus pasos y que no dejen su vida en manos de hábitos dañinos. Siempre puede haber una salida, una conversación o una decisión diferente antes de que sea demasiado tarde para volver atrás.



Ilustradora: Eliana Bernal

Querida mamá:

Mamá, te envío este mensaje desde este pequeño lugar donde aún no he explorado el mundo, pero ya siento tu fatiga. No comprendo del todo lo que sucede afuera, aunque percibo tu temor y esa tristeza que a veces parece agotarte cuando reflexionas sobre lo que vendrá.

Sé que ha sido un camino complicado para ti y no deseo que estas palabras te hagan sentir mal. Al contrario, quiero que reconozcas que en este silencio también hay una vida que te acompaña y que anhela ser acogida con atención, cariño y sinceridad.

Quizás sientes que enfrentas sola una elección demasiado abrumadora, lo que hace que todo se sienta más pesado. Por eso quiero recordarte que tu sufrimiento merece comprensión y que ninguna madre debería llevar sus incertidumbres sin una mano amiga o sin alguien que realmente escuche.

No estoy aquí para robarte tus sueños ni para despojarte de tu identidad como mujer. Vengo como una nueva oportunidad en medio de un tiempo complicado y quizás juntas podamos aprender a avanzar con calma, aunque el camino no sea el que habías previsto.

No te prometo que todo será fácil, porque la vida también trae miedo, cansancio y dudas. Te aseguro, desde esta pequeña voz, que si me dejas entrar, trataré de darle significado a tus días y aprenderé de ti esa fortaleza que surge cuando una mujer decide seguir adelante.

Si sientes temor hoy, respira y busca compañía antes de tomar decisiones en soledad. La vida que crece dentro de ti no desea aumentar tu ansiedad, sino recordarte que incluso en los días más difíciles puede surgir una razón para volver a confiar.

Mamá, pase lo que pase, espero que no enfrentes esto sola. Estoy aquí contigo, latiendo a tu lado, y desde este silencio te envuelvo con el amor más puro que puedo ofrecerte antes de conocer tu rostro.



Ilustradora: Eliana Bernal

5 de la mañana

Son las cinco de la mañana y el frío de la montaña se siente en las manos, en el rostro y en la respiración. Me dirijo hacia el terreno con las botas mojadas y con la costumbre de quien sabe que en el campo el día comienza antes de que salga el sol.

Las vacas me esperan y dos de ellas todavía están siendo ordeñadas. Me acerco con calma porque trabajar con los animales requiere paciencia, respeto y una forma serena de comunicarme, tal como me enseñó mi madre cuando era niño y aprendía observando sus manos.

Mientras ordeño, el cubo se va llenando poco a poco y el cuerpo se familiariza con el silencio de la mañana. Entonces reflexiono sobre todo lo que sustenta la vida en el campo y sobre esas tareas que casi nadie ve, aunque son fundamentales para la mesa de muchas familias.

En dicho trabajo no cuenta con días libres ni horarios cómodos, y a veces la fatiga se adhiere al cuerpo. No obstante, también me ha impartido disciplina, cuidado y una conexión con la tierra que no se aprende en discursos, sino en las actividades cotidianas.

Cuando el cielo empieza a iluminarse, recojo el cubo y regreso a casa con el frío aún presente. También vuelvo con la convicción de que la vida rural merece reconocimiento, porque detrás de cada litro de leche hay esfuerzo, madrugadas y una familia que persiste.

Por eso no considero este oficio como un peso ni como una obligación heredada sin sentido. Lo veo como parte de mi historia y como una forma de mantener con dignidad lo que soy, lo que aprendí de mi familia y lo que aún anhelo construir.



Ilustradora: Adriana Anamá

El esfuerzo silencioso de papá

Siempre se habla del amor de mamá y esa verdad tiene un lugar profundo en la vida de muchos hijos. Sin embargo, también quiero hablar del amor de papá, de ese cariño que a veces no se expresa con palabras, pero se demuestra en el trabajo diario.

Mi papá no ha sido un hombre de discursos largos ni de abrazos fáciles. Ha sido un hombre de madrugadas, de herramientas en la mano y de jornadas que empiezan temprano para que en la casa no falte el pan ni lo necesario.

A veces trabajó la tierra, otras veces cortó madera o levantó paredes que después fueron hogares para otras familias. Así entendí que muchos padres sostienen la vida desde oficios duros y desde una entrega que casi nunca pide reconocimiento.

No siempre supo decir te quiero de la forma en que uno espera escucharlo cuando es hijo. Pero lo dijo regresando cansado, trayendo alimento a la casa y quedándose firme incluso cuando el cuerpo ya pedía descanso.

Con los años comprendí que su amor estaba en los detalles de cada día y no solo en las palabras. Estaba en la fruta sobre la mesa, en el techo cuidado, en los zapatos comprados con sacrificio y en la seguridad de saber que él seguía ahí.

Hoy quiero reconocer ese esfuerzo sin volverlo perfecto ni distante porque papá también tuvo silencios y cansancios. Aun así, su manera de amar fue trabajar por nosotros y dejar en cada jornada una enseñanza sencilla de responsabilidad.

Gracias, papá, por todo lo que hiciste, aunque muchas veces no lo dijeras. Tu amor se sembró en la casa como se siembra en la tierra, con paciencia, con manos firmes y con la esperanza de que algún día dé fruto.



Ilustradora: Adriana Anamá

Mi hijo Caruzo

Nunca pensé que un pequeño animal pudiera cambiar mi vida de una forma tan profunda. Caruzo llegó para enseñarme que el vínculo entre una persona y su mascota también puede convertirse en compañía, responsabilidad y memoria cuando aparece en una etapa difícil.

Su nombre era Caruzo, aunque casi siempre lo llamé mi bebé, mi hijo o mi compañero. Al recordarlo todavía sonrío con nostalgia porque su presencia marcó una etapa importante de mi vida y me acompañó cuando más necesitaba sentirme sostenida.

Llegó en el año 2020 durante la pandemia y por eso su presencia tuvo un significado especial. Fue un regalo inesperado que apareció en una caja llevada en una camioneta, y cuando lo vi por primera vez estaba asustado y mirando todo como quien llega a un mundo desconocido.

En ese momento mis padres no habían autorizado tener una mascota en casa y yo sabía que la sorpresa podía traer problemas. Aun así, terminaron aceptando con una condición clara: la responsabilidad sería mía, y desde entonces aprendí que amar también significa cuidar todos los días.

Yo empezaba la universidad y las clases eran virtuales, así que pasaba muchas horas frente a la computadora. Caruzo se quedaba cerca de mí acompañando mis tareas, mis desvelos y esos momentos en que la incertidumbre de la pandemia pesaba más de lo que yo decía.

Con el regreso a la presencialidad tuve que mudarme a Tulcán para continuar mi carrera. Mis padres solo pudieron ayudarme con un cuarto donde no aceptaban mascotas, por eso Caruzo se quedó en casa, aunque separarme de él fue una de las decisiones que más me dolió.

Al principio llegar a una habitación sola se sentía extraño porque faltaban sus pasos y su presencia cerca de mí. Luego los fines de semana se convirtieron en pequeños regresos felices, porque al verlo otra vez entendía que el cariño también puede resistir la distancia.

Mientras yo aprendía a vivir lejos, Caruzo comenzó a conocer más el campo que rodeaba la casa. Salía por los sembríos y los callejones, volvía con olor a hierba y con esa libertad de los gatos que pertenecen al lugar donde crecieron.

Después me gradué y empecé a trabajar con la alegría de haber cumplido una meta importante. Con mis primeros pagos le compré comida, juguetes y una cama, pero entendí que llevarlo a la ciudad no era justo porque él ya tenía su mundo entre la casa y la tierra.

Con los años Caruzo empezó a envejecer y una de sus salidas lo dejó herido. Lo curamos y se hizo lo posible por ayudarlo, aunque desde entonces ya no volvió a ser el mismo gato inquieto y fuerte que yo recordaba de mis años de universidad.

Un día caminó por toda la casa buscando caricias como si quisiera despedirse de cada uno. Comió, jugó un poco y se dejó abrazar más de lo habitual, pero horas después salió mientras yo iba rumbo al trabajo y ya no regresó.

El siguiente fin de semana volví con la ilusión de verlo porque siempre esperaba ese reencuentro. Mis padres me contaron lo ocurrido y lo busqué por todos lados, llamé su nombre y pregunté a los vecinos, aunque en el fondo comprendí que había elegido marcharse en silencio.

Lo lloré mucho y todavía me duele recordarlo cuando pienso en todo lo que vivimos juntos. Sin embargo, también agradezco su vida porque Caruzo no fue solo un gato para mí sino un compañero que estuvo en mis noches largas, en mis logros y en mis días más difíciles.

Hoy cuando escucho un maullido a lo lejos o miro algún rincón de la casa, siento que algo suyo todavía permanece. Gracias, mi Caruzo, por haber llegado a mi vida y por enseñarme que amar también es cuidar, soltar y recordar con ternura.



Ilustradora: Adriana Anamá

CAPÍTULO II: ENTRE SOMBRAS Y ESPERANZAS

REALIDAD SOCIAL, CRISIS Y RESILIENCIA

Incluso en la oscuridad más profunda, la esperanza aprende a respirar.

El Horizonte Gris

Ecuador, 2024, en Quito, los apagones no solo dejaron calles oscuras, también hicieron más visible el cansancio de quienes buscaban una oportunidad. Ana, recién graduada en ingeniería eléctrica, caminaba con su título bajo el brazo y una pregunta que le pesaba cada vez más: ¿de qué sirve prepararse tanto si el trabajo no llega?

En cada entrevista escuchaba respuestas parecidas al historiador Lewis, (1961), quienes hablaban de crisis, de recortes, de falta de presupuesto. Ella asentía con respeto, pero por dentro sentía que el futuro se le cerraba de a poco. Había estudiado para aportar soluciones, sin embargo, parecía que el país no tenía espacio para recibirlas.

Mientras tanto, en Tulcán, Manuel seguía trabajando como obrero de frontera. Escuchaba la radio en las mañanas y oía noticias sobre violencia, desempleo y familias que ya no sabían cómo sostenerse. En su propia casa también había dolor. Meses atrás había perdido a su hermano menor, y desde entonces el silencio se sentaba con él en la mesa.

En Guayaquil, Carla enseñaba a adolescentes que hablaban del futuro con desconfianza. Ella insistía en que estudiar valía la pena, pero sabía que muchos cargaban problemas demasiado grandes para su edad. Algunos dejaron las clases para trabajar, otros pensaban en irse del país y otros simplemente aprendieron a no esperar demasiado.

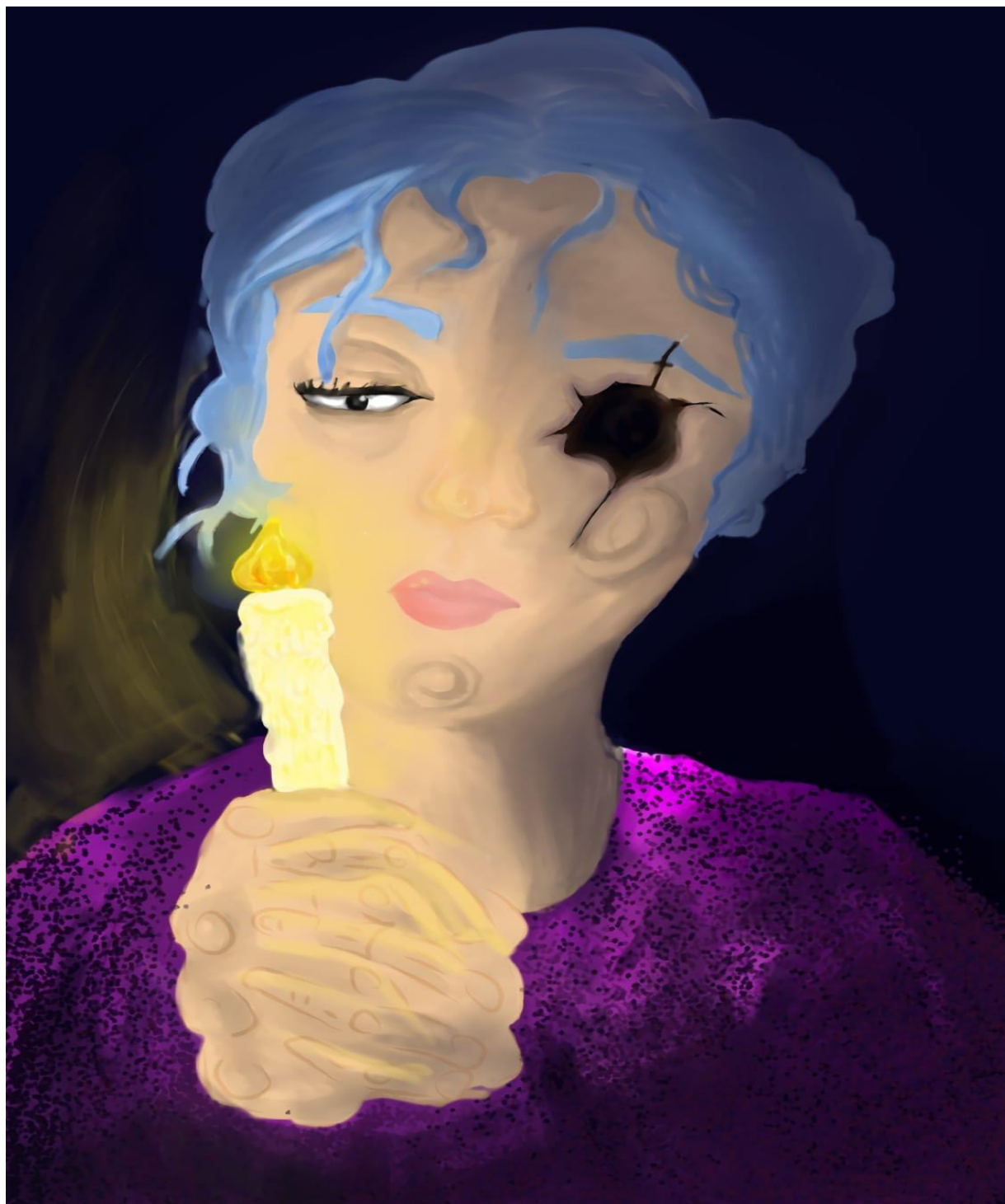
Las historias de Ana, Manuel y Carla no eran iguales, pero se encontraban en una misma preocupación: la sensación de vivir en un país donde las promesas se repiten y las soluciones

tardan. La falta de empleo, la inseguridad y la desconfianza en las instituciones golpeaban de manera distinta, pero llegaban a los mismos lugares: la casa, la escuela, la mesa y el ánimo.

Sin embargo, entre tanto desgaste también aparecían gestos pequeños. Ana decidió viajar al Carchi para ofrecer sus conocimientos en proyectos comunitarios. Allí conoció a Manuel, quien la recibió con pan, café y una conversación sencilla. Hablaron de luz, de trabajo y de la necesidad de no perder la esperanza.

Carla siguió enseñando. Un día recibió una carta de un exalumno que había logrado salir adelante lejos de su barrio. Le agradecía por haber creído en él cuando casi nadie lo hacía. Esa carta no resolvió todos los problemas, pero le recordó que su trabajo todavía tenía sentido.

Quizá la esperanza no siempre llega como un gran cambio. A veces aparece en una decisión, en una clase, en una mano que ayuda o en una persona que se niega a rendirse. Por eso, aun con un horizonte gris, ellos siguieron caminando.



Ilustrador: Steven Cando

De Oficina y Sueños

En una metrópoli donde el tráfico y las deudas siempre parecen ir juntos, Sofía y Andrés no solo compartían un hogar. Compartían la determinación de seguir adelante, incluso cuando la vida les apretaba el pecho con facturas, cansancio y horas extensas de trabajo.

Sofía se desempeñaba como asistente administrativa. Sus jornadas estaban llenas de tareas, documentos que requerían su firma, llamadas telefónicas, papeles amontonados y pláticas de oficina que en ocasiones resultaban más agotadoras que su empleo. Andrés, por otro lado, era diseñador independiente, y su atención estaba centrada en ajustes, logotipos urgentes y clientes que desaparecían justo cuando debían realizar un pago.

Ambos encontraron consuelo en la risa. Sofía solía comentar que había días en los que conversaba más con la impresora que con otras personas. Andrés hacía chistes diciendo que algún día crearía un agujero negro para que ciertos clientes desaparecieran allí para siempre. Esas frases no solucionaban sus problemas, pero les proporcionaban algo de alivio.

De vez en cuando, al finalizar sus jornadas laborales, se acomodaban en cualquier parque y discutían sobre sus aspiraciones. Anhelaban tener su propio negocio, días sin jefes y tiempo para crear sin necesidad de pedir autorización. Aunque su salario apenas era suficiente, los fines de semana intentaban escaparse a un pueblo cercano, admirar el cielo y recordar que la vida no se limitaba a pagar cuentas.

Con el tiempo, Andrés logró obtener contratos más seguros. Sofía, tras meditarlo durante un tiempo, decidió dejar su trabajo en la oficina y comenzó un proyecto cultural que había tenido guardado en una libreta durante años. La vida no se facilitó de inmediato, pero al menos empezó a asemejarse más a lo que ellos deseaban.

Aprendieron que los sueños no se realizan de un instante a otro. Se construyen con paciencia, errores, trabajos nocturnos y la firmeza de seguir intentando. Y cuando caía la noche, escribían, se reían y creaban, porque aunque la estabilidad puede ser un lujo, soñar juntos era una forma de resistir.



Ilustrador: Steven Cando

Navegando

Ocho años juntos dejan huellas significativas. Dejan buenos recuerdos, desacuerdos, promesas, agotamiento y preguntas a las que no siempre se les encuentra respuesta. El amor no siempre es como se representa. A veces protege, a veces hiere, y a veces se confunde con la rutina.

En ese instante, ambas partes esperaban ser comprendidas en sus acciones, pero también cargaban con las marcas de los daños que se habían causado. Cada uno se esforzaba por mantener su perspectiva y probar que estaba en lo correcto, en lugar de dedicar un momento a realmente escuchar al otro.

El orgullo se convirtió en el motor de sus elecciones, mientras que la falta de comunicación ocupaba el lugar de los diálogos que no se llevaron a cabo. Con el paso del tiempo, notaron que la separación entre ellos se había ampliado, aunque todavía se encontraban bajo el mismo techo.

El amor no siempre se quiebra de inmediato. A veces se fragmenta poco a poco, en conversaciones que se posponen, en heridas que no se curan y en disculpas que llegan demasiado tarde. No éramos enemigos. Éramos dos personas tratando de mantener algo que ya no era tan fuerte.

Desde la distancia, hoy me cuestiono si fue amor, hábito o temor a estar solos. Quizás fue una combinación de todo. También reconozco que no fuimos tímidos, porque realmente lo intentamos, aunque al final no tuvimos éxito.

Ahora veo que separarse también puede ser una forma de cuidar. No elimina lo que se vivió ni desvaloriza lo que se amó. Simplemente permite observar con mayor claridad y aceptar que algunas historias concluyen no por falta de amor, sino porque ya no saben cómo continuar su camino.



Ilustradora: Nathalia Narváez

La trocha no olvida

Me llamo María y desde hace años camino las trochas del Carchi. Empecé joven, pensando que era solo un trabajo duro para llenar la olla en casa, pero con el tiempo entendí que en estos caminos no solo se cargan frutas. También se cargan miedo, silencio y ausencias.

La frontera enseña rápido. De un lado se compra más barato y del otro se vende mejor. Por eso muchas personas cruzamos con plátanos, yuca, arroz o lo que se pueda, buscando unos dólares más para la comida, los útiles de los guaguas o una deuda atrasada. Nadie se hace rico en la trocha, pero muchos seguimos pasando porque no siempre hay otra salida.

Aquella madrugada iba con mi hermano Andrés. La neblina estaba baja y el barro se pegaba a las botas. Cargábamos plátanos y yuca, cosas simples, de esas que para otros no significan mucho, pero para nosotros eran el almuerzo de la semana y la leche de mis hijos.

Entonces aparecieron unos hombres armados. Llevaban la cara cubierta y hablaban con una voz seca. Querían cobrar más de lo que traíamos. Andrés apretó el costal contra el pecho y dijo que eso era para la casa. Después todo pasó demasiado rápido. Lo golpearon, lo empujaron hacia el río y ya no volvió conmigo.

Me quedé quieta, con las manos temblando y la garganta cerrada. En la trocha nadie pregunta mucho, porque preguntar también puede ser peligroso. Volví sola esa noche, cargando apenas un poco de fruta y un dolor que no supe explicar. En casa, mamá me miró con esperanza y preguntó por Andrés. Le dije que se había quedado en Ipiales buscando trabajo, porque no tuve valor para decirle la verdad.

Desde entonces camino sola. Cada vez que el barro me hunde los pies recuerdo sus botas. Cada vez que escucho el río siento que algo se me aprieta por dentro. Y cada vez que vendo la fruta me pregunto cuánto puede costar un dólar más cuando se paga con tanto miedo.

Hoy, cuando amanece y la montaña se cubre de neblina, pienso que esta frontera no solo divide países. También separa familias, guarda secretos y deja marcas que nadie ve. Sigo cruzando

porque todavía no sé hacer otra cosa, pero cada paso es un rezo por Andrés y por todos los que se quedaron en el camino.

Cada saco que llevan sobre sus espaldas representa algo más que simplemente productos para vender o cambiar. En ellos se llevan las renunciaciones de extensas jornadas, el esfuerzo callado de las familias y la ilusión de un futuro más justo.

Cada paso que realizan en el sendero simboliza la lucha constante de aquellos que, a pesar de los obstáculos, continúan hacia adelante porque son conscientes de que detrás de ese peso están los anhelos y necesidades de sus seres queridos.

No obstante, el trayecto nunca devuelve intacto todo lo que se ofrece en él. El sendero no solo deteriora el cuerpo, sino también el espíritu y las esperanzas de quienes lo transitan. Conforme progresan, dejan atrás experiencias, oportunidades e incluso partes de sí mismos que el agotamiento y las dificultades les quitan. Pese a ello, siguen avanzando, aferrándose a la esperanza de que algún día todo ese esfuerzo tenga un propósito y logre cambiar la vida que intentan mantener con tanto empeño.



Ilustrador: Cristian Viteri

Lo que dejaron atrás

Yo soy Ana, la hija mayor, y aún rememoro la mañana en que mis padres se marcharon. Era junio de 2003. Rubén y Teresa nos miraron a Mariana y a mí con una tristeza que intentaban ocultar. Ellos decían que lo hacían por nuestro bien, ya que la situación era crítica y las deudas nos estaban asfixiando.

En el contexto nos abrazaron con fuerza antes de iniciar el camino de tierra que llevaba al pueblo. El abuelo contemplaba el suelo, sin saber cómo reaccionar. Observé cómo se alejaban hasta que sus figuras se convirtieron en puntos pequeños en el horizonte. Había otras personas cerca, pero en ese instante comprendí que Mariana y yo nos quedábamos solas.

Primero se establecieron en Quito durante casi dos años. Luego, en agosto de 2005, partieron hacia España. Mi madre se dedicaba a limpiar casas mientras mi padre transportaba sacos en un mercado. Enviaban dinero cuando era posible, pero ese dinero no llenaba las sillas vacías ni preguntaba acerca de nuestro desempeño escolar.

Mariana y yo aprendimos a cocinar, a mantener la casa y a resolver nuestras tareas sin que nadie nos supervisara. Crecimos atesorando cartas, breves llamadas y fotografías que parecían de otro tiempo. En algunas ocasiones nos aseguraban que todo esfuerzo valdría la pena, pero yo no sabía qué hacer con esa promesa cuando caía la noche.

En abril de 2020, durante la pandemia, recibimos la noticia de que mi madre estaba enferma. Papá nos llamó una noche llorando. Comentaba que los hospitales estaban saturados y que no podía hacer mucho. Luego vinieron días llenos de espera, temor y silencio.

Un día llegó la triste noticia. Teresa había fallecido. Mi padre quedó solo allí y nosotras aquí, esperando un cuerpo que no regresó como lo hizo ella. La enterramos en mayo de 2020. Vinieron primos, tíos y vecinos, pero yo experimentaba una soledad que no se parecía a ninguna otra.

En noviembre de ese mismo año, Rubén regresó a Ecuador. Lo vi bajar del autobús con una maleta desgastada y la mirada cansada. Me abrazó con fuerza, pero yo no pude llorar. Nos relató historias sobre el mar, trabajos arduos y inviernos que nunca conocimos. Jugaba con mis hijos, sus nietos, como si en pocos días quisiera recuperar todos los años perdidos.

Sin embargo, regresó enfermo. Sufría fuertes dolores en el estómago y se negaba a ir al hospital. Decía que ya había presenciado demasiada tristeza en esos lugares. En enero de 2021 entré a su habitación y comprendí que también se había marchado. Lo enterramos junto a Teresa, en la misma tierra que un día abandonaron buscando un futuro más prometedor.

Ahora, cuando el sol se oculta detrás de los cerros, me siento en el portal y los recuerdo. Los quiero, pero también siento el pesar por la decisión que tomaron. En donde se brinda la educación, un hogar y alimento, sí, pero yo hubiera deseado tenerlos cerca, aunque eso significara tener menos.

Rubén y Teresa partieron en busca de un futuro para nosotras. Mariana y yo permanecemos aquí, con agradecimiento y con una ausencia que nunca termina. Esa es la parte que muchos no perciben cuando discuten sobre la migración: lo que se obtiene puede ser contabilizado, pero lo que se deja atrás sigue presente en la familia.



Ilustrador: Stiven Cando

El fuego que aún arde

Hola, mi nombre es Oswaldo Pupiales, y esta es mi historia con la cocina, el trabajo y las segundas oportunidades. Desde que tengo memoria, la cocina fue un lugar importante para mí. No era solo el espacio donde se preparaban alimentos. Era el sitio donde podía crear, aprender y sentir que mis manos servían para algo bueno. Mientras otros imaginaban oficinas o trajes, yo pensaba en sartenes, ingredientes y recetas capaces de reunir a la gente alrededor de una mesa.

Con el tiempo entendí que ser chef exige más de lo que muchos creen. Las jornadas son largas, la presión es fuerte y las recompensas no siempre llegan. Uno puede pasar horas preparando un plato para que alguien lo rechace en pocos minutos. Aunque intentaba no tomarlo como algo personal, me dolía porque cada preparación llevaba esfuerzo, memoria y dedicación.

Aun así seguí. Aprendí más de mis errores que de mis triunfos. Cada falla me obligó a mirar mejor, a escuchar más y a entender que la cocina no depende solo del sabor, sino también de la paciencia y la disciplina.

Durante un tiempo sentí que todo marchaba bien. Tenía un lugar ganado, una rutina intensa y una cocina donde podía hacer lo que amaba. Luego llegó un accidente que cambió mis planes. Mis piernas sufrieron fracturas y tuve que detenerme. Ya no sabía si podría volver a cocinar ni si tendría fuerzas para empezar de nuevo.

En ese momento apareció con más fuerza el apoyo de mi familia y de Samantha, mi novia. Ella estuvo en los días buenos, pero también en los días más difíciles, cuando no había aplausos ni seguridad. Su compañía me ayudó a no rendirme y a recordar que mi vida no terminaba con una lesión.

Pasaron los años y no regresé de la misma manera a los restaurantes elegantes. Sin embargo, encontré otro camino. Volví a las cocinas del pueblo, a los mercados y a los espacios donde podía enseñar. Empecé a trabajar con madres, niños y jóvenes en la preparación de loncheras saludables y comidas sencillas, hechas con cuidado y con respeto por el cuerpo.

Ahí comprendí que la cocina no solo sirve para alimentar. También acompaña, enseña y puede mejorar la vida diaria de una familia. Cada vez que un niño sonríe al preparar su desayuno, o una madre me agradece porque aprendió a hacer algo rico con poco, siento que mi trabajo tiene sentido.

Hoy sigo de pie, aunque mis piernas ya no sean las mismas. Sigo creando, aunque mis platos no aparezcan en el menú de un restaurante elegante. Sigo enseñando, aunque no haya filas de clientes esperando probar una receta mía. En cada clase y en cada cuchara encuentro una forma distinta de seguir.

No todo ha sido fácil. Todavía hay momentos de frustración, sobre todo cuando la gente piensa que cocinar es un oficio menor. Yo sé que no lo es. Cocinar requiere conocimiento, sensibilidad, práctica y responsabilidad. También requiere amor por quienes van a recibir ese alimento.

Ahora entiendo que la cocina más importante no siempre está bajo luces ni detrás de una gran puerta. A veces está en una mesa compartida, en un aula sencilla o en la casa de alguien que quiere aprender. Mientras haya calor humano y ganas de transformar, siempre habrá una cocina encendida.

Por eso digo, desde este rincón de Tulcán: siente, cocina y transforma. Porque la vida, como una buena comida, necesita tiempo, entrega y un poco de fuego para revelar su verdadero sabor



Ilustradora: Nathalia Narváez

CAPÍTULO III: CUANDO LA TIERRA HABLA

NATURALEZA, ECOLOGÍA Y CONCIENCIA AMBIENTAL

La tierra no necesita voz, necesita que la escuchemos.

La Tierra que Lloro

Adela mira sus cultivos y nota que algo ha cambiado con el paso de los años. Las plantas siguen verdes y parecen fuertes desde lejos, pero el sabor de los frutos ya no es el mismo y la tierra necesita cada vez más ayuda para producir lo que antes daba con mayor equilibrio.

En su comunidad varios vecinos han dejado el campo porque los costos suben y las cosechas ya no aseguran el sustento de la familia. Además, el avance de nuevos cultivos sobre zonas de montaña ha reducido espacios naturales que antes protegían el agua, el suelo y la vida de muchas especies.

Los agroquímicos llegaron como una promesa de abundancia y por un tiempo parecieron resolverlo todo. Sin embargo, Adela empezó a sentir preocupación cada vez que fumigaba porque veía cambios en el suelo, en el aire de las mañanas y en la forma en que los cultivos respondían temporada tras temporada.

Entonces conoció a Lorenzo, un joven que había llegado desde la ciudad buscando un lugar más tranquilo para vivir y escribir. Él no le habló desde la superioridad ni desde una teoría difícil, sino desde la observación sencilla de quien mira la tierra y entiende que cada decisión humana deja una consecuencia.

Lorenzo le mencionó la agroecología y las prácticas que algunas familias mayores todavía recordaban. Al principio Adela dudó porque cambiar una forma de producir implica riesgo, tiempo y paciencia, sobre todo cuando la economía de la casa depende de cada venta en el mercado.

Don Eusebio, uno de los mayores de la comunidad, también le contó cómo antes se preparaban abonos naturales y se respetaban los tiempos del suelo. Sus palabras no fueron una orden sino una memoria compartida que ayudó a Adela a mirar sus cultivos desde otra responsabilidad.

De ese modo empezó a reducir poco a poco el uso de químicos y a probar con abonos orgánicos. El proceso fue lento y no resolvió todo de inmediato, pero le permitió recuperar una relación más cuidadosa con la tierra y entender que producir también puede ser una forma de proteger.

Con el tiempo, Adela no dejó de sembrar ni de trabajar como siempre lo había hecho. Más bien aprendió que el campo necesita decisiones sostenibles para seguir alimentando a las familias sin agotar el suelo que las sostiene.



Ilustradora: Nathalia Narváez

El Último Árbol Caminante

En un futuro donde la humanidad ha perdido gran parte de sus bosques, sus ríos limpios y sus cielos claros. El árbol que camina no debe leerse solo como fantasía, sino como un símbolo de lo que queda cuando la vida natural es obligada a desplazarse para sobrevivir.

Ese árbol lleva semillas porque representa la memoria de los ecosistemas que fueron destruidos. También representa la posibilidad de restauración, aunque esa posibilidad sea pequeña y dependa de decisiones tomadas antes de que el daño sea irreversible.

Camina entre ciudades deterioradas, fábricas abandonadas y paisajes donde antes hubo sombra, agua y aves. La imagen permite comprender de forma sencilla que el cambio climático no es una idea lejana, sino una consecuencia acumulada de formas de producción y consumo que no siempre respetaron los límites de la naturaleza.

En su recorrido recuerda los tiempos en que los niños trepaban sus ramas y los pájaros encontraban refugio entre sus hojas. Esa memoria no busca provocar tristeza solamente, sino mostrar que cada árbol perdido también implica pérdida de sombra, alimento, suelo protegido y vida compartida.

Después de muchos días encuentra un valle donde todavía es posible sembrar. Allí se detiene y deja caer sus semillas, no como un final milagroso sino como una advertencia clara: la restauración ambiental necesita tiempo, cuidado y voluntad colectiva.

El árbol termina su recorrido, pero su gesto deja una enseñanza. Mientras exista una semilla puede existir una oportunidad, aunque esa oportunidad no debe servir para justificar la destrucción sino para recordar que todavía se puede actuar antes de llegar a un futuro sin retorno.



Ilustrador: Anthony Guatemal

Lo Intentamos

Vivíamos en un tiempo marcado por contaminación, decisiones tardías y dificultades para proteger el ambiente con la seriedad que hacía falta. En ese contexto, muchas personas entendieron que no bastaba con reconocer el problema, porque también era necesario impulsar acciones desde la política pública, la economía y la vida diaria.

Él era administrador público y tenía una sensibilidad profunda por la escritura. Ella era economista y trabajaba temas de sostenibilidad, por eso cuando se conocieron en una cumbre climática encontraron una causa común que unió su vida profesional y también su manera de mirar el futuro.

Juntos propusieron políticas locales, acompañaron iniciativas verdes y buscaron que las empresas pensarán más allá de la ganancia inmediata. No siempre fueron escuchados y muchas veces encontraron instituciones lentas, intereses económicos fuertes y comunidades cansadas de promesas que no llegaban a cumplirse.

Con los años, él enfermó y su cuerpo empezó a resentir el deterioro ambiental que tanto había señalado. Aun así, siguió escribiendo porque sentía que la palabra podía dejar constancia de una lucha que no dependía solo de una persona, sino de generaciones enteras.

En sus últimos días volvió a un espacio natural cercano y escribió una frase que resumía su vida: lo intentamos y volveremos a intentarlo. No era una frase de derrota sino una forma de decir que los esfuerzos ambientales pueden parecer pequeños, pero también abren caminos para quienes vienen después.

Ella recogió sus escritos y continuó defendiendo las ideas que habían construido juntos. Publicó sus textos, acompañó nuevos proyectos y vio cómo algunas personas empezaban a cambiar sus hábitos, no de golpe ni de manera perfecta, pero sí con mayor conciencia.

El mundo no se transformó por completo con su esfuerzo. Sin embargo, su historia muestra que intentar también tiene valor cuando una causa es justa y cuando cada acción ayuda a sembrar una responsabilidad que otras manos pueden continuar.



Ilustrador: Anthony Guatemal

El Funeral del Bosque

En una zona donde antes existía un bosque antiguo, la tala avanzó hasta transformar el paisaje. Lo que parecía solo extracción de madera terminó afectando el equilibrio del lugar, porque cada árbol perdido también redujo refugios para animales, protección del suelo y capacidad natural para conservar agua.

La deforestación no puede entenderse únicamente como la caída de árboles. También implica pérdida de biodiversidad, cambios en la temperatura local, erosión y disminución de espacios que durante años sostuvieron la vida de comunidades, aves, mamíferos e insectos.

Por eso este relato deja atrás la imagen de animales hablando y se centra en lo que ocurre cuando un bosque desaparece. Las especies que habitaban ese territorio no organizan un funeral, pero sí pierden alimento, caminos, nidos y condiciones básicas para sobrevivir.

Los camiones cargados de troncos muestran una parte visible del problema. Detrás de ellos quedan suelos expuestos, fuentes de agua debilitadas y familias que muchas veces no reciben alternativas reales para vivir sin depender de actividades que dañan el bosque.

La memoria ambiental se vuelve necesaria cuando un territorio cambia demasiado rápido. Recordar lo que hubo no basta para recuperar lo perdido, pero puede ayudar a que una comunidad comprenda la importancia de reforestar, cuidar las fuentes de agua y exigir decisiones responsables.

Los árboles cayeron, pero la historia no debe quedarse solo en la pérdida. También puede convertirse en un llamado a reconstruir lo posible y a enseñar a las nuevas generaciones que un bosque no es un adorno del paisaje sino una forma de vida compartida.



Ilustradora: Abigail Zapata

Plastic Planet

Plastic Planet nació en Tulcán como una respuesta local frente al problema de los residuos plásticos. La iniciativa fue impulsada por Jorge Andrés Chávez Portilla y creció desde un taller artesanal, maquinaria adaptada y la convicción de que ciertos materiales desechados podían transformarse en nuevos productos útiles para la comunidad.

El proyecto se relaciona con la economía circular porque busca alargar la vida de los materiales y reducir la cantidad de plástico que termina enterrado, quemado o abandonado en espacios naturales. De ese modo, el residuo deja de verse únicamente como basura y empieza a entenderse como recurso cuando existe organización, técnica y compromiso social.

Según el testimonio del propio proyecto, se han transformado más de 600 mil kilos de plástico en madera plástica, juegos infantiles, bancas y señalética. Ese dato permite comprender que la propuesta no se limita a un discurso ambiental, sino que desarrolla procesos concretos de recolección, clasificación y fabricación.

Uno de los componentes más importantes ha sido la educación ambiental mediante actividades como Tapita Feliz. En estos espacios, niñas y niños participan recolectando tapas y aprenden que pequeñas acciones pueden formar parte de una cadena más amplia de cuidado, reciclaje y responsabilidad compartida.

La experiencia también visibiliza el trabajo de recicladores y recicladoras que durante años han sostenido una parte importante del manejo de residuos sin suficiente reconocimiento. Por esa razón, el proyecto no solo tiene una dimensión ambiental sino también social, porque conecta reciclaje con empleo, dignidad y participación comunitaria.

Con el tiempo, Plastic Planet recibió reconocimientos del Municipio de Tulcán y premios nacionales relacionados con emprendimiento y economía circular. Sin embargo, el valor principal de la iniciativa está en demostrar que una ciudad puede transformar parte de sus residuos cuando existen alianzas, educación y procesos productivos sostenidos.

El reto sigue abierto porque todavía muchas personas no separan sus residuos y varias empresas continúan usando plástico nuevo antes que material reciclado. Por eso esta historia funciona como estudio

de caso y también como invitación a comprender que la economía circular necesita ciudadanos, instituciones y emprendimientos trabajando en la misma dirección.



Ilustrador: Mateo Chávez

CAPÍTULO IV: MÁS ALLÁ DE LO APARENTE

REFLEXIÓN, HISTORIA Y SOCIEDAD

Lo visible es solo una parte de la verdad.

El Redescubrimiento

Si dijera que siempre amé los libros estaría faltando a la verdad. Durante mucho tiempo la lectura fue para mí una obligación escolar y la escritura parecía algo lejano, casi reservado para otras personas, mientras yo pasaba más horas en redes sociales que entre páginas.

Ese distanciamiento no ocurrió por falta de capacidad sino por una forma limitada de entender el aprendizaje. Yo veía los libros como tareas que debía cumplir y no como espacios donde podía encontrar preguntas, experiencias y caminos para pensar mi propia vida.

En una clase escuché una frase sobre el conocimiento y sentí que algo se movía dentro de mí. No fue un cambio inmediato ni una revelación perfecta, pero empecé a comprender que estudiar no era solo buscar un título sino aprender a mirar con más profundidad el mundo que me rodeaba.

Entonces comencé a leer con menos resistencia y a escuchar con más atención. Lo que antes me parecía aburrido empezó a convertirse en una forma de descubrir historias, ideas y voces que me ayudaban a entender que el conocimiento también vive en las personas y en sus experiencias compartidas.

La escritura llegó después como una manera de ordenar lo que iba aprendiendo. Al principio me costaba encontrar palabras propias, pero poco a poco entendí que escribir no era

repetir frases bonitas sino pensar con honestidad y reconocer lo que una experiencia deja dentro de uno.

El día de mi graduación recordé ese proceso con gratitud. No me sentí una persona terminada ni dueña de todas las respuestas, sino alguien que había aprendido a no quedarse en la superficie y a valorar el esfuerzo silencioso que hay detrás de cada aprendizaje.

Hoy, como profesional, sé que todavía me falta mucho por conocer. Sin embargo, ya no miro la lectura como una carga ni la escritura como algo ajeno, porque ambas se convirtieron en herramientas para comprenderme mejor y para participar con más conciencia en la vida.



Ilustradora: Abigail Zapata

El Asalto del Cuartel Moncada

El 26 de julio de 1953 un grupo de jóvenes encabezado por Fidel Castro atacó el Cuartel Moncada en Santiago de Cuba. La acción buscaba enfrentar al gobierno de Fulgencio Batista y provocar un cambio político, aunque el intento terminó en derrota y varios participantes fueron capturados.

El hecho no puede narrarse solo como una escena de valentía ni como una consigna de celebración. También debe mirarse como parte de un contexto histórico marcado por tensiones políticas, inconformidad social y una disputa profunda sobre el rumbo que debía tomar Cuba en esos años.

El ataque fracasó militarmente y sus consecuencias fueron duras para quienes participaron. Sin embargo, el episodio tomó fuerza simbólica porque después del juicio contra los sobrevivientes, el discurso de defensa de Fidel Castro circuló como una pieza política que ayudó a construir una memoria de resistencia.

Por esa razón, el Moncada no fue un triunfo inmediato sino un punto de inicio para un proceso más largo. La fecha del 26 de julio terminó dando nombre al movimiento que años después tendría un papel central en la Revolución cubana.

Mirado desde la historia, este episodio permite comprender cómo una derrota puede adquirir otro significado cuando se convierte en relato colectivo. También muestra que los acontecimientos políticos no se entienden solo por su resultado inmediato sino por la manera en que son recordados y utilizados por una sociedad.

En este libro, el relato no busca glorificar la violencia ni presentar una versión única de los hechos. Busca reconocer que la historia está hecha de decisiones, consecuencias y memorias en disputa, y que cada proceso debe leerse con responsabilidad antes de convertirlo en símbolo.

Así, el Cuartel Moncada aparece como un acontecimiento que supera la fecha y obliga a mirar más allá de lo aparente. Detrás del asalto hubo jóvenes, ideas, errores, represión y una memoria política que todavía requiere ser comprendida con cuidado.



Ilustrador: Cristian Viteri

Los imparables del transporte público en Tulcán

Cada mañana, antes de que la ciudad despierte por completo, muchas personas esperan el transporte público en Tulcán. Estudiantes, comerciantes, madres de familia y trabajadores se reúnen en las paradas con distintos destinos, pero con una misma necesidad: llegar a tiempo a sus actividades.

El transporte público no solo permite moverse de un lugar a otro. También sostiene la rutina económica y educativa de la ciudad, porque conecta barrios, mercados, centros de estudio, oficinas, talleres y hogares que dependen de esos recorridos diarios.

En las paradas se observa una parte de la vida urbana que casi siempre pasa desapercibida. Hay personas con mochilas, bolsas, uniformes o herramientas, y cada una lleva una responsabilidad propia que empieza mucho antes de subir al bus.

No hace falta idealizar esa espera para reconocer su importancia. A veces hay frío, lluvia, cansancio o preocupación, pero aun así la gente se organiza, calcula el tiempo y continúa con sus obligaciones porque la vida cotidiana no se detiene.

Dentro del bus se comparte algo más que espacio. Se cruzan miradas, silencios y pequeñas formas de paciencia entre personas que tal vez no se conocen, pero que forman parte de la misma dinámica urbana y del mismo esfuerzo diario por avanzar.

Llamarlos imparables no significa exagerar su realidad sino reconocer su constancia. Son personas que estudian, trabajan, venden, cuidan y sostienen a sus familias desde una movilidad sencilla que pocas veces recibe atención.

Así se desplaza Tulcán cada día. No solo por sus calles y rutas, sino por la decisión de quienes se levantan temprano y siguen adelante, aunque nadie escriba sus nombres en una noticia ni aplauda su esfuerzo cotidiano.



Ilustrador: Cristian Viteri

CAPÍTULO V: MEMORIA Y LEGADO

Historias largas y testimoniales

La memoria es el puente entre lo que fuimos y lo que seremos.

Desde La Libertad hasta el mundo: memorias de la Mamá Pasto

Capítulo 1: Cuando decidí irme

Nací en el barrio Santa Teresita, en la parroquia La Libertad del cantón Espejo, al norte del Carchi. Fui la segunda de cinco hermanos y desde muy niña aprendí que la vida en el campo podía ser hermosa pero también dura, porque mi padre, Segundo Telmo Paspuezan, murió cuando yo tenía apenas tres años y dejó a mi madre con toda la responsabilidad de la casa.

Mi madre, María Feliza Trujillo, tuvo que criar sola a sus hijos en medio de la pobreza y de las exigencias del trabajo diario. Yo crecí ayudando en lo que podía, lavaba, cocinaba, cuidaba a mis hermanos y acompañaba las labores del campo, aunque también crecí con miedo porque en mi casa el cariño muchas veces se confundía con dureza.

Cuando tenía quince años ocurrió un episodio que marcó mi decisión de irme. Había salido con una tía a la tienda y nos demoramos más de lo previsto, pero al regresar mi madre no quiso escuchar explicaciones y me castigó con una rabia que me dejó más herida por dentro que por fuera.

Esa noche miré el techo de zinc desde mi cama y entendí que no quería seguir viviendo con miedo. No pensé en grandes sueños ni en un destino claro, solo sentí la necesidad de buscar un lugar donde pudiera trabajar, respirar y tomar mis propias decisiones.

Al día siguiente, una vecina llamada doña Elvira se me acercó mientras yo barría el patio y me habló de una oportunidad para trabajar en Quito. Me dijo que conocía gente en El Ángel y

que tal vez podían ayudarme a encontrar empleo en una casa, así que escuché sus palabras como quien recibe una puerta abierta en medio de la tristeza.

Esa misma semana salí de mi casa con una pequeña bolsa y con el corazón apretado. Me fui sin despedirme porque no sabía cómo decir lo que sentía, pero mientras dejaba atrás Santa Teresita entendí que también estaba dejando una parte de mi infancia para intentar salvarme.

Aquel primer viaje no fue una aventura bonita ni una decisión fácil. Fue el inicio de una vida marcada por el trabajo, la soledad y la valentía de una muchacha que no tenía certezas, pero que ya había decidido no quedarse donde el miedo era más fuerte que la esperanza.

Capítulo 2: Cuando quise escapar

Llegué a Quito siguiendo las indicaciones que me dieron y empecé a trabajar en una casa donde al inicio pensé que todo sería mejor. Pronto comprendí que la ciudad también podía encerrar a una persona, porque mis días se llenaron de limpieza, encargos, cuidado de animales y una rutina que casi no me dejaba salir.

Me levantaba temprano y trabajaba hasta que el cuerpo ya no respondía igual. Barría, trapeaba, lavaba ollas y cumplía órdenes sin saber cuándo recibiría el pago prometido, porque cada vez que preguntaba me decían que guardaban el dinero para mí y yo fingía creerles, aunque por dentro sabía que algo no estaba bien.

El único momento de respiro llegaba cuando me dejaban sacar la basura de madrugada. Esa salida breve a la esquina me hacía sentir el aire en la cara y me recordaba que afuera seguía existiendo una ciudad enorme, mientras yo permanecía encerrada en una casa que ya no sentía como trabajo sino como una jaula.

Una mañana conocí a una joven que trabajaba en la casa del frente. Ella me preguntó con cuidado cómo me trataban y si me pagaban, y yo le conté la verdad porque en su voz encontré una confianza que no había sentido desde que salí de mi tierra.

Ella me propuso irnos juntas a buscar una casa de empleo donde pudieran orientarnos. Esa noche casi no dormí, junté las pocas monedas que tenía y al amanecer salí con la bolsa de basura como si fuera un día cualquiera, aunque esta vez mis pasos llevaban una decisión distinta.

Al cruzar la esquina la encontré esperándome y caminamos rápido sin mirar atrás. No llevaba casi nada conmigo, pero mientras la casa se hacía pequeña en la distancia sentí que recuperaba algo que me habían querido quitar: la posibilidad de decidir por mi propia vida.

Ese escape me enseñó que la libertad también puede empezar en un gesto pequeño y silencioso. No se trataba de haber vencido todos los problemas, sino de haber entendido que ningún trabajo debía quitarme mi dignidad ni mi derecho a buscar un trato justo.

Capítulo 3: Cuando la vida me sonrió

Después de salir de aquella casa conseguí nuevas oportunidades y la vida comenzó a mostrarme otros rostros. No todo fue fácil, pero con el tiempo encontré personas que me trataron con respeto y que me permitieron trabajar sin sentir que mi esfuerzo era invisible.

Una de esas etapas me llevó hasta la Costa, donde trabajé en un hotel en Atacames. Allí conocí a una familia extranjera que me brindó confianza y me hizo sentir parte de un hogar distinto, porque no solo valoraban mi trabajo sino también mi forma de ser y mi manera de cuidar cada detalle.

En ese lugar aprendí nuevas responsabilidades y también conocí otras formas de vivir. La playa, los visitantes, los horarios y el movimiento constante del hotel me abrieron los ojos a un mundo que parecía lejano para aquella muchacha que había salido de Santa Teresita con una bolsa pequeña.

Con el tiempo, mis patrones llegaron a quererme como a una hija y yo también encontré en ellos una forma de familia. Esa relación no borró mi historia ni mis heridas, pero me permitió saber que la vida podía ofrecer ternura y reconocimiento después de años de miedo y trabajo silencioso.

También aprendí que el cariño no siempre llega desde la sangre. A veces aparece en personas que nos abren una puerta, nos escuchan y nos permiten crecer sin hacernos sentir menos por nuestro origen o por nuestra falta de estudios.

Cuando miro esa etapa, la recuerdo como un momento en que la vida me sonrió con sencillez. No fue una felicidad sin problemas, pero sí fue un tiempo en el que pude sentirme valorada y descubrir que mi esfuerzo podía llevarme más lejos de lo que imaginaba.

Esa experiencia me dio seguridad para hablar, trabajar y tomar decisiones con más firmeza. De algún modo, la muchacha que había salido con miedo empezó a convertirse en una mujer capaz de mirar el mundo sin agachar la cabeza.

Capítulo 4: Cuando la vida me enseñó a soltar

La vida también me puso frente a una decisión difícil cuando mis patrones quisieron llevarme con ellos y ofrecerme otra oportunidad. Yo sabía que irme podía abrirme caminos nuevos, pero también sabía que mi madre ya necesitaba cuidado y que mi corazón seguía atado a mi tierra.

Ellos me dijeron que podía llevar a mi madre, pero ella me respondió con serenidad que no quería dejar su casa. En ese momento sentí que el mundo se dividía en dos caminos y que cualquiera de ellos iba a doler, porque uno significaba partir y el otro significaba renunciar a una posibilidad grande.

Respiré hondo y decidí quedarme. Les agradecí por todo lo que habían hecho por mí, pero les dije que mi hogar estaba en el Carchi y que mi madre era ahora mi responsabilidad, aunque esa decisión me obligara a soltar una vida que también había aprendido a querer.

Mis patrones aceptaron mi decisión con tristeza y se fueron después de vender el hotel. Durante un tiempo mantuvimos contacto y me preguntaban cómo estaba, hasta que un día las llamadas dejaron de tener respuesta y supe por conocidos que también ellos habían fallecido.

Esa noticia me dolió de una manera profunda porque ellos habían formado parte de mi historia. Entonces comprendí que la vida nos enseña a amar y también a despedirnos, aunque ninguna despedida llegue en el momento en que uno se siente preparado.

Volver a Santa Teresita no fue retroceder. Fue asumir que algunas decisiones importantes no se toman solo pensando en uno mismo, sino también en los vínculos, en la gratitud y en las responsabilidades que nacen del amor familiar.

Con el tiempo entendí que soltar no siempre significa perder. A veces significa elegir con madurez, aceptar el dolor de lo que no pudo ser y seguir caminando con la certeza de haber actuado desde la conciencia y no desde el miedo.

Capítulo 5: Cuando mis sueños se hicieron legado

Regresar a Santa Teresita después de haber vivido en la ciudad fue como volver a respirar un aire conocido con un corazón distinto. Ya no era la niña que salió sin despedirse, sino una mujer que había trabajado, aprendido y visto que la vida podía transformarse cuando una persona decide no quedarse quieta.

Al mirar las necesidades de mi comunidad, empecé a pensar en formas de ayudar. Muchas casas eran humildes y varias familias necesitaban un techo más seguro, entonces convoqué a mis vecinos y propuse organizarnos para gestionar una cooperativa de vivienda.

Al principio algunos dudaron porque parecía una meta demasiado grande para un barrio pequeño. Sin embargo, insistí, toqué puertas, llené documentos y viajé las veces que hizo falta hasta que logramos ver levantarse las primeras casas en Santa Teresita.

Ese logro no solo dio vivienda a varias familias. También fortaleció la identidad de la comunidad, porque nos enseñó que cuando la gente se organiza con paciencia y compromiso puede construir algo que permanece más allá del esfuerzo de una sola persona.

Después llegaron otras responsabilidades y fui convocada por integrantes de la comuna Pasto de La Libertad para trabajar como guardabosques. Acepté porque sentí que proteger la montaña, el agua y el territorio también era una manera de cuidar la memoria de mi pueblo.

Me preparé con disciplina en prevención de incendios, conservación y liderazgo comunitario. Aprendí a recorrer la montaña con más atención y a entender que el territorio no es solo paisaje, sino casa, alimento, cultura y herencia para quienes nacimos en estas tierras.

Con los años mi nombre empezó a escucharse en ferias y encuentros culturales. En un concurso de platos típicos en El Ángel preparé la comida que aprendí de mi madre, con maíz, papas y queso, y cuando gané alguien gritó que viva la Mamá Pasto.

Desde entonces la gente empezó a llamarme así. Ese nombre dejó de ser un apodo y se convirtió en una responsabilidad, porque representaba a mi cultura, a mi comunidad y a tantas mujeres del Carchi que han sostenido la vida con trabajo y memoria.

En 2024 recibí una condecoración en el Teatro del cantón Espejo como persona de mérito ciudadano. Mientras sostenía ese reconocimiento recordé mi infancia, los trabajos en Quito, el hotel en Atacames, el cuidado de mi madre y los días de guardabosques que me enseñaron a servir.

Nunca me casé ni tuve hijos propios, pero la vida me permitió criar y acompañar a mis sobrinos como si fueran parte de mi corazón. Así entendí que la maternidad también puede vivirse desde el cuidado, desde el consejo y desde la presencia que uno ofrece a quienes ama.

Hoy cuento mi historia con tranquilidad, no para presentarme como ejemplo perfecto sino para recordar que una vida humilde también puede dejar huella. Mi legado no está solo en una medalla ni en un nombre reconocido, sino en la comunidad que ayudé a construir y en la memoria que sigo compartiendo



Ilustradora: Abigail Zapata

Así te tiemblen las manos

Soy madre soltera de un niño de ocho años y tomé la decisión de dejar un trabajo en otra provincia para venir al Carchi. No fue un cambio sencillo ni una apuesta hecha sin miedo, sino una decisión tomada pensando en la estabilidad que quería construir para mi hijo y para mí.

Antes de viajar tuve que organizar lo más importante: el cuidado de mi niño. Mi abuela me ofreció su apoyo con una frase sencilla y firme, me dijo que aprovechara la oportunidad y que el guagua estaría bien con ella, y esas palabras me dieron la fuerza que necesitaba para cerrar la maleta.

Han pasado seis meses desde mi llegada y todavía aprendo a vivir con la distancia. Trabajo como comunicadora social y estoy a muchas horas de mi hijo, por eso las llamadas de la noche se han convertido en una mezcla de alegría, culpa y fuerza para seguir al día siguiente.

Escuchar su voz después de las ocho de la noche me sostiene y también me duele. Cuando me dice que me extraña o que está orgulloso de mí, entiendo que cada esfuerzo tiene un sentido, aunque en ese instante quisiera dejarlo todo para correr a abrazarlo.

No todas las personas comprenden lo que significa estar lejos de aquello que más se ama mientras una intenta abrirse camino. Hay cansancio, dudas y noches difíciles, pero también hay una decisión profunda de no rendirse porque mi proyecto de vida está ligado al bienestar de mi hijo.

Esta experiencia me ha enseñado que la resiliencia no siempre se muestra como fuerza visible. A veces aparece en levantarse temprano, cumplir el trabajo, contener las lágrimas y seguir construyendo un futuro incluso cuando las manos tiemblan por miedo o por cansancio.

Salir de la zona conocida no me hizo invencible. Me hizo más consciente de mis límites, de mis responsabilidades y de la red familiar que sostiene mis pasos mientras intento crecer profesionalmente sin dejar de ser madre.

Por eso no presento mi historia como una receta para nadie. Solo puedo decir que cada mujer vive sus decisiones con cargas distintas y que avanzar también significa aceptar el miedo, organizar el cuidado y confiar en que el sacrificio tenga un sentido digno.



Ilustradora: Eliana Bernal

Solo soy un instrumento

Mi nombre es Javier Proaño y mi historia puede entenderse como una trayectoria de servicio social y educativo. No nací con todo resuelto, pero desde distintas experiencias personales fui comprendiendo que mi vida podía orientarse hacia el acompañamiento de personas en situación de necesidad.

En el año 2002 me casé y en 2005 atravesé un divorcio que me obligó a mirar mi vida con más humildad. Poco después viajé a Israel gracias a una beca, y aunque esa experiencia tuvo para mí un sentido espiritual, hoy la recuerdo sobre todo como un momento que amplió mi manera de pensar el servicio y la dignidad humana (López, 2023)

Una escena en Tabacundo marcó mi conciencia social. Vi a familias indígenas pidiendo ayuda en la carretera durante diciembre y sentí que la caridad no debía limitarse a entregar algo material, sino que también debía cuidar la dignidad de quienes muchas veces son mirados con indiferencia.

Mi vocación se fortaleció en la escuela pública Veinticuatro de Mayo, donde trabajé con estudiantes de distintas edades. Allí me encontré con niños y jóvenes con discapacidad visual, auditiva, física e intelectual, y también con trastornos del neurodesarrollo que me obligaron a reconocer mis propias limitaciones como educador.

Una de las experiencias que más me marcó fue acompañar a un niño con sordera sin saber lengua de señas. Esa dificultad me mostró que la inclusión no puede quedarse en buenas intenciones, por eso empecé a estudiar, buscar cursos y prepararme para responder mejor a las necesidades de mis estudiantes.

Más adelante trabajé con el Ministerio de Educación en temas de inclusión y colaboré con la organización Sin Barreras. Allí comprendí que la discapacidad no está solamente en la persona, sino también en los obstáculos sociales, educativos y físicos que impiden su participación plena.

Durante la pandemia, junto a un grupo de amigos, apoyamos a más de ochenta adultos mayores mediante una campaña comunitaria. La iniciativa usó banderas blancas para identificar necesidades y permitió que vecinos cercanos se sumaran, aunque también evidenció que la solidaridad requiere recursos, organización y continuidad.

Después conocimos casos de personas que vivían en condiciones difíciles, entre ellas Rosita, niñas con enfermedades graves y familias que enfrentaban tratamientos costosos. Esa realidad me llevó a comprender que servir no era una acción ocasional sino una responsabilidad que debía organizarse con cuidado y transparencia.

Hoy comparto historias en redes sociales para movilizar ayuda y visibilizar necesidades reales. No busco que la atención se centre en mí, sino en las personas que requieren apoyo, porque el servicio tiene sentido cuando permite restaurar dignidad y abrir oportunidades concretas.

Por eso prefiero entregar artículos nuevos cuando las condiciones lo permiten. No se trata de rechazar lo usado por orgullo, sino de recordar que una persona olvidada también merece recibir algo en buen estado y sentirse valorada al menos en un momento de su vida.

Desde Montúfar, desde el Carchi y desde Ecuador, mi trabajo continúa orientado al servicio. Si digo que soy un instrumento, lo hago no como discurso religioso sino como una forma sencilla de reconocer que mi tarea es ayudar a que otras vidas encuentren un poco más de dignidad.



Ilustrador: Anthony Guatemal

Biografía autor:

Arturo Mauricio Aldás Flores, conocido como Artorius, nació el 31 de agosto de 1991 en Tesalia, parroquia La Paz, provincia del Carchi. Licenciado en Administración Pública por la Universidad Politécnica Estatal del Carchi, ha encontrado en la literatura una forma auténtica de habitar el mundo y darle permanencia a lo que emociona.

Escritor y poeta, convierte la palabra en memoria, sensibilidad y presencia. Su obra nace del vínculo profundo con lo humano, lo cotidiano y lo esencial. Con “Dejando Huellas” inició su camino literario, dejando ver una voz íntima y reflexiva. Más adelante publicó “Sin Mariposas: Un amor infinito en lo cotidiano”, una colección de poemas donde reafirma su mirada poética y su búsqueda de lo eterno en los pequeños instantes.

Hoy presenta “Carchi intercultural: relatos de identidad y encuentro”, un libro que recoge historias, voces y paisajes que revelan la esencia de su tierra y de su gente. En cada página, se construye una identidad literaria propia: moderna, sensible y profundamente conectada con la memoria.

Biografía coautores:

Evelin Nataly Benavides Torres es doctoranda en Investigación en Humanidades, Artes y Educación en la Universidad de Castilla-La Mancha y desarrolla su labor académica en la Universidad Politécnica Estatal del Carchi. Su producción se sitúa en la intersección entre comunicación, cultura y educación, con especial atención a la semiótica interpretativa, las representaciones socioculturales, las narrativas del cuerpo y las mediaciones digitales.

Donde se ha publicado trabajos sobre análisis semiótico, educación multimedia y escritura en entornos digitales, además del libro Voces subalternas, silencios y exposición digital. Su trayectoria se caracteriza por una perspectiva crítica e interdisciplinaria orientada al estudio de los discursos, las imágenes y los procesos contemporáneos de producción de sentido.

Edgar Fernando Pazmiño Palma es diseñador gráfico y magíster en Diseño y Producción Multimedia. Actualmente se desempeña como docente en la carrera de Multimedia y Producción Audiovisual de la Universidad Politécnica Estatal del Carchi (UPEC).

Su trabajo académico se enfoca en el diseño multimedia, la animación y la producción de contenidos audiovisuales, áreas en las que desarrolla proyectos educativos orientados a la creatividad, la innovación y el uso de herramientas digitales aplicadas a la comunicación visual. Su interés profesional se centra en la integración del diseño, la narrativa visual y las nuevas tecnologías dentro de los procesos de creación multimedia

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, W. (2002). El narrador: Observaciones sobre la obra de Nikolái Leskov. En H. Eiland & M. W. Jennings (Eds.), *Walter Benjamin: Selected writings*. E. Jephcott, H. Eiland, & others, Trans., pp. 143–166). The Belknap Press of Ha. Obtenido de https://www.academia.edu/10069951/Walter_Benjamin_El_Narrador_Consideraciones_sobre_la_obra_de_Nicolai_Leskov
- González, d. R. (09 de 03 de 2021). *La literatura es indagación de los enigmas de la condición humana, e interpretación de la vida en toda su plenitud*. Obtenido de <https://lainformacion.com.do/tendencias/reflejos/la-literatura-es-indagacion-de-los-enigmas-de-la-condicion-humana-e-interpretacion-de-la-vida-en-toda-su-plenitud>
- Lewis, Ó. (1961). *Los textos son reproducción de grabaciones directas y versiones taquigráficas*. LOS HIJOS DE SÁNCHEZ. Obtenido de <https://www.inaltera.org/inaltera/doc/lewisoscarlos-hijos-de-sanchez1961.pdf>
- López, P. F. (2023). Historia Magistra Vitae Est: Relato y Experiencia. una Lectura a “El Narrador” de Walter Benjamin. *REVISTA DERECHO Y HUMANIDADES*, 4(21), 157-173. Obtenido de <https://derechoyhumanidades.uchile.cl/index.php/RDH/article/view/34911/36613>
- Yutzis, D. (2020). El don de narrar: el concepto de narración en Walter Benjamin y en los textos jasídicos. *Revista de Filosofía de Santa Fe*, 5(2), 1-19. Obtenido de <https://www.redalyc.org/journal/288/288701300008/html/>